

Queda, pues, bien probado que los dones del Espíritu Santo, ya como principios del movimiento sobrenatural, ya como elementos de luz, de fuerza y de defensa, son tan necesarios para la salvación, como el movimiento para la vida, el calor para la sávia, el viento para el barco y el vapor para la locomotora. Pero ¿son todos los dones igualmente necesarios ó en el mismo grado? Sin duda alguna.

“Entre los dones del Espíritu Santo, dice la teología católica, ocupa el primer lugar la sabiduría, y el último el temor. Pero ambos son necesarios para la salvación; pues de la sabiduría está escrito: *A nadie ama Dios sino al que habita con la sabiduría*; y del temor se lee: *El que no tiene temor, no se podrá justificar*. Luego también los otros dones son medios necesarios para la salvación: *Ergo etiam alia dona media sunt necessaria ad salutem*.” (1) Además, sin el Espíritu Santo es imposible la salvación; pero el Espíritu Santo es inseparable de sus dones; ó está en el alma con todos ellos, ó totalmente no está. La consecuencia es que los siete dones del Espíritu Santo son todos igualmente necesarios para la salvación: *Septem dona sunt necessaria ad salutem*. (2)

ta, quantum ad præsens et futurum, in quantum scilicet impeditur homo per virtutes et dona á pecando. Sed quantum ad præterita peccata quæ transeunt, actu et permanent reatu adhibetur homini remedium specialiter per sacramenta. *S. Th.* III p., q. 62, art. 2.

1. *S. Th.*, I. 2, q. 68, art. 2.

2. *Ibid.*, art. 2 et 3.

## CAPITULO XXVI.

(CONTINUACIÓN DEL PRECEDENTE).

SUMARIO.—Número de los dones del Espíritu Santo.—Inseparabilidad.—Perpetuidad.—Dignidad.—Orden de los dones en Nuestro Señor.—Comienzan por la sabiduría y acaban por el temor.—Razon de este orden.—Manifestación de cada uno de los dones del Espíritu Santo en la vida de Nuestro Señor.—En nosotros los dones comienzan por el temor y acaban por la sabiduría.—Razon de este orden.—Ley del mundo moral.—Necesidad de conocerla y seguirla.—Efectos generales de los dones del Espíritu Santo sobre el género humano.

Nunca se repetiría demasiado: sin los dones del Espíritu Santo el hombre está privado del movimiento sobrenatural; ni puede conocer convenientemente el bien, ni practicarlo, ni evitar el mal, ni abrir para sí las puertas del cielo. Pero ¿cuál es el número de esos dones, más preciosos que todo el oro del mundo, más necesarios mil veces que la vida natural? La Escritura nos da la respuesta. Hablando Isaías de Nuestro Señor, se expresa en estos términos: “Sobre Él reposará el Espíritu del Señor; Espíritu de sabiduría y de inteligencia; Espíritu de consejo y de fortaleza; Espíritu de ciencia y de piedad; y lo llenará el Espíritu de temor del Señor. (XI, 2). Lo que se cumplió en el Verbo encarnado, debe cumplirse en cada uno de sus hermanos. Todo cristiano recibe en el día de su Bautismo los siete dones del Espíritu Santo.

¿Por qué estos dones divinos son siete, y no seis ú ocho? Recordemos que los dones del Espíritu Santo se ordenan á imprimir movimiento á las virtudes, las cuales son siete,

tres teologales y cuatro cardinales. Estas virtudes comprenden todas las fuerzas, virtudes y actos sobrenaturales, cuyo asiento son el entendimiento y la voluntad. Toca al entendimiento apoderarse de la verdad, alimentarse de ella y transmitirla; toca á la voluntad amar la verdad y ponerla por obra.

Para conocer la verdad con un conocimiento útil, el entendimiento necesita de los dones de *inteligencia*, de *consejo*, de *sabiduría* y de *ciencia*. Los dones de *piEDAD*, de *fortaleza* y de *temor*, son los auxiliares indispensables de la voluntad en el amor y la práctica del bien. (1) De este modo los dones del Espíritu Santo alcanzan á todas las facultades del alma, á todas las virtudes intelectuales y morales, y las siguen en todos sus actos de cualquier naturaleza que sean. (2)

San Gregorio da la misma razon del número siete de los dones, bajo una figura llena de profunda verdad. "Dios, dice, crió el mundo y lo hizo perfecto en siete dias. El hombre, hecho á imágen de Dios, es tambien criador. A cada dia de su creacion espiritual corresponde un don del espíritu Santo.

Todos juntos completan y perfeccionan los trabajos, así de la vida activa como de la contemplativa. (3) De donde se sigue que el número siete es el que conviene á los dones

1. Si (Spiritus) est in intellectu, tunc est Spiritus sapientiae, consilii, intellectus, scientiae; si est in voluntate, tunc est Spiritus pietatis, timoris vel fortitudines. *Corn. á Lap., in Is., xi, 3.*

2. Sic patet quod hæc dona extendunt se ad omnia, ad quae se extendunt virtutes tam intellectuales quam morales. *S. Th., I, 2, q. 68, art. 4.*

3. Sunt autem hæc dona tantum septem, quia, sicut dicit Gregorius.... *Super Ezech., homil. II.*—Per septenarium significatur universitas; ut sicut mundus septem diebus est perfectus, hic et minor mundus homo, septem donis Spiritus Sancti perficitur &c., *S. Bonav., Opusc. de septem donis, &c.*

del Espíritu Santo: un número mayor seria inútil, y menor seria insuficiente. En vista de esta precision maravillosa, ¿cómo es posible desconocer la sabiduría infinita, que en el orden moral, no ménos que en el físico, lo hace todo con número?

Esa divina sabiduría se revela con mayor esplendor cuando se considera, como lo haremos más adelante, que los siete dones del Espíritu Santo se oponen á los siete pecados capitales. Estos siete pecados, ó por mejor decir, estos siete *Espiritus* malos van contra las siete virtudes ó potencias del hombre, lo mismo que contra su entendimiento y voluntad, es decir, que atacan al hombre en todo su sér. Para luchar con éxito contra estas siete potencias infernales, necesitaba el hombre de siete fuerzas divinas, y las encuentra, ni más ni ménos, en los siete dones del Espíritu Santo.

Nuevo rasgo de sabiduría y de bondad; este brillante cortejo de perfecciones sobrenaturales, esta poderosa cohorte de auxiliares divinos, es indisoluble. Los dones del Espíritu Santo son inseparables unos de otros. "Ninguna virtud moral, dice el príncipe de la teología, puede existir en el hombre sin la prudencia. Todas se reúnen en esta que las dirige conforme á las luces de la razon. Lo mismo pasa en el cristiano.

Todas sus virtudes, todas las fuerzas de su alma, son excitadas y regidas por los dones del Espíritu Santo. Mas el Espíritu Santo habita en nosotros por la caridad; por lo tanto, como las virtudes morales forman un solo haz unido con el lazo de la prudencia, así los dones del Espíritu Santo se encuentran juntamente enlazados en la caridad. El que tiene, pues, caridad, posee los siete dones del Espíritu

Santo; y el que la pierde, los pierde juntamente todos; pero al recobrar la gracia, los vuelve á recobrar." (1)

Esta es tambien, diremos de paso, la razon de que el número siete, se repita con tanta frecuencia en las penitencias canónicas y en las indulgencias concedidas por la Iglesia. (2)

Los dones del Espíritu Santo no solamente son inseparables; son además tan permanentes que sobreviven aún á la muerte. En el destierro son medios necesarios de santificación; en la patria se convierten en manantiales de gloria y felicidad. "Los dones del Espíritu Santo, continúa Santo Tomás, pueden considerarse en su objeto actual ó en su esencia. En tanto que residen en el hombre viador, tienen por objeto las obras de la vida activa, es decir, la práctica de diferentes deberes de que depende la salvacion. En este concepto no permanecerán en el cielo; pues una vez conseguido el fin, los medios no tienen razon de ser.

"Otra cosa es, si se les considera en su esencia. En efecto, pertenece á su esencia perfeccionar el alma haciéndola dócil al divino impulso. En el cielo esta docilidad será completa: allí Dios será todo en todas las cosas, y el hombre estará perfectamente sometido á Dios. Y así, no solo subsistirán en el cielo los dones del Espíritu Santo, principios de esta docilidad, sino que serán incomparablemente más perfectos que por acá; brillarán en los elegidos con esplén-

1. 1. 2, q. 58, art. 4; et q. 68, art. 5.

2. Gratia ista septiformis, id est septem donorum, amittitur per quodlibet mortale peccatum. Et ideo statum fuit antiquitus, ut proculibet mortali peccato imponeretur poenitentia septennis. Praedicandum est scilicet, ut, sicut per peccatum abjicit á se septiformem gratiam Spiritus Sancti, ita per septenem poenitentiam satisfaciatur et recuperetur eam. *S. Ant., Sum. theol., p. IV, tit. x, c. I.*

dido fulgor, y serán la medida de su felicidad y su gloria (1)."

Este fulgor no será el mismo en cada uno de los dones; porque no todos tienen igual excelencia. Verdad es que todos son piedras preciosas que formarán la corona de los elegidos; pero en el cielo, lo mismo que en la tierra, no todas las piedras preciosas tienen igual precio ni el mismo brillo. El rubí, la esmeralda, el topacio, el diamante, tienen cada uno su hermosura específica y su brillo diferente. Nada es más fácil que probar que hay en los dones del Espíritu Santo cierta dignidad gerárquica que los distingue unos de otros.

Estos dones guardan correspondencia con las virtudes, es decir, que cada don tiene por objeto poner en movimiento una virtud particular y ennoblecerla haciéndole producir actos pronta, fácil y constantemente bajo el impulso del Espíritu Santo. Pero las virtudes se diferencian por su dignidad. Dejando aparte las virtudes teologales, que son las primeras de todas, las intelectuales son tambien superiores á las morales; y entre las intelectuales, las contemplativas son preferibles á las activas. La razon es, que las primeras perfeccionan la facultad más noble del hombre, que es la razon, mientras que las segundas perfeccionan la voluntad.

Entre los dones tiene que suceder necesariamente lo mismo; pues cuanto más noble sea la cosa que ha de moverse, más noble debe ser el motor; cuanto más perfecta sea la facultad que se ha de perfeccionar, más perfecto debe ser el principio que la perfeccione. "Así, en los dones, añade Santo Tomás, la sabiduría y la inteligencia, la ciencia y el consejo, se prefieren á la piedad, la fortaleza y el temor. Entre

1. 1, 2, q. 68, art. 6.

estas tres últimas, la piedad se prefiere á la fortaleza, y esta al temor; como tambien la justicia se antepone á la fortaleza, y la fortaleza á la templanza. Tal es la superioridad relativa de los dones tomados en sí mismos.

“Considerados en relacion con los actos, la fortaleza y el consejo son antes que la ciencia y la piedad; pues los dos primeros se ejercitan en los casos difíciles, y la piedad y aun la ciencia en los ordinarios. Se ve que la dignidad de los dones corresponde al orden en su enumeracion; en unos absolutamente, como la sabiduría y la inteligencia se prefieren á todos, en otros segun se aplican, como el consejo y la fortaleza se prefieren á veces á la ciencia y la piedad.” (1)

¿Y con qué orden se enumeran los dones del Espíritu Santo? Pueden contarse de dos maneras: descendiendo, en cuyo caso se comienza por la sabiduría y se acaba por el temor; ó ascendiendo, y así el temor ocupa el primer lugar y la sabiduría el postrero. Cuando el Espíritu Santo derrama sus dones sobre Nuestro Señor, los nombra por el orden de dignidad; y cuando nos los infunde á nosotros, se citan por el orden de su necesidad. De Nuestro Señor se ha dicho: Sobre él reposará el Espíritu de *sabiduría*. . . . y lo llenará el Espíritu de *temor de Dios*. Pero de nosotros se lee: *El temor es el principio de la sabiduría*. ¿Cómo se explica esta inversion de la escala?

El Verbo encarnado es la sabiduría eterna, y el primer don comunicado al alma de Cristo es la sabiduría. Con esto ha querido significar el Espíritu Santo, que aquella humanidad santísima, no teniendo pecado ni imperfeccion, participa en primer término del atributo supremo de la persona divina, á que está hipostáticamente unida. El último don que nombra el Espíritu Santo, es el temor. El

1. *S. Th.*, l. 2, q. 68, art. 7.

temor reside principalmente en la parte inferior del alma, esto es, en el punto que pone á Nuestro Señor en contacto inmediato con nuestra pobre humanidad, y el Espíritu Santo ha querido enseñarnos que el temor es el primer grado de la escala que debe elevarnos hasta Dios, la Sabiduría infinita. Tal es el orden con que el Espíritu Santo se comunica al Dios-Hombre, que es la inocencia misma y el reparador de la inocencia.

Pero nosotros recibimos por el orden inverso los dones del Espíritu Santo; y se concibe (1). Cargado el hombre de miserias y de pecados, el primer sentimiento que debe experimentar es el temor. Por eso, el temor es el primer don que recibe y la sabiduría es el último á que llega. En el Verbo encarnado, el Espíritu Santo, para llegar hasta nosotros, desciende de la sabiduría al temor; y para volvernos á levantar á la altura de nuestro divino hermano primogénito, nos hace subir desde el temor á la sabiduría.

Si se quiere que el cristiano conozca el encadenamiento y la dignidad relativa de los dones del Espíritu Santo, debe seguirse este orden al explicarlos; pues es tanto más racional, cuanto que los dones del Espíritu Santo se oponen directamente á los pecados capitales. Pues bien, el orgullo es padre de todos los demás: *Initium omnis peccati est superbia*; por eso se explica el primero. Su remedio es el temor, como lo haremos ver; y así, por el temor debe comenzar la explicacion de los dones del Espíritu Santo.

Como es fácil de ver estos dos órdenes, ascendente el

1. *Isaias incipit á summo dono scilicet sapientiae et descendit per media usque ad infimum, scilicet donum timoris Domini. Sed nos. inquit Gregorius (Moral., lib. XXII, c. XIV), qui á terrenis ad coelestia tendimus, eosdem gradus ascendendo numeramus, et incipiendo ab infimo scilicet timoris domini, usque ad donum sapidae sapientiae S. Bonav., ubi supra.*

uno y descendre el otro, encierran grandes enseñanzas y bellas armonías. Ni las unas ni las otras se escaparon á la mirada penetrante de los Doctores de la Iglesia. "Los dones, dice San Agustín, nos revelan con el número siete al Espíritu Santo, que descendiendo sobre nosotros empieza por la sabiduría y acaba por el temor; en tanto que nosotros, para elevarnos á El, comenzamos por el temor y concluimos por la sabiduría. Pues el temor de Dios es el principio de la sabiduría (1)."

Y en otro lugar: "Cuando el profeta Isaias celebra los dones maravillosos del Espíritu Santo, parte de la sabiduría y llega al temor, como descendiendo desde lo más alto hasta nosotros para enseñarnos á subir, Parte del punto á donde comenzamos. *Descansará sobre él el Espíritu del Señor, el Espíritu de sabiduría y de entendimiento, el Espíritu de consejo y de fortaleza, el Espíritu de ciencia y de piedad, el Espíritu de temor del Señor.*

A la manera, pues, que el Verbo encarnado, no aminorándose, sino enseñándonos, desciende desde la sabiduría hasta el temor; así debemos nosotros elevarnos avanzando desde el temor hasta la sabiduría. El temor, en efecto, es el principio de la sabiduría: es aquel valle de los lamentos, que nombra el profeta cuando dice: *Dispuso las ascensiones en su corazón, en el fondo del valle de las lágrimas.*

"Este valle es la humildad. ¿Y quién es el humilde sino el que teme á Dios, y por este temor deja correr de su corazón las lágrimas de la confesion y la penitencia? Dios no desprecia un corazón contrito y humillado, No tema, pues,

1. Ista septem operationes commendant septenario numero Spiritum Sanctum, qui quasi descendens ad nos incipit á sapientia, et finit ad timorem; nos autem ascendentes incipimus á timore, perficimur in sapientia. Initium enim sapientiae timor Domini. *Serm. 448, c. iv.*

el hombre permanecer en el fondo del valle. En ese corazón contrito y humillado ha preparado Dios las ascensiones? En el corazón, dice el profeta, *in corde*, ¿De dónde se ha de subir? Del fondo del valle de los llantos. ¿A dónde hay que elevarse? Al lugar que Dios mismo ha preparado, *in locum quem disposuit*. ¿Qué lugar es este? La mansión del reposo y de la paz, en que habita radiante de luz, la Sabiduría inmortal.

"Así, para instruirnos, Isaias desciende por grados desde la sabiduría hasta el temor, es decir, desde la morada de la paz eterna hasta el fondo del valle de los llantos, llantos pasajeros como lo es el tiempo. Quiere enseñarnos, á nosotros pobres penitentes que gemimos y lloramos, que no nos quedemos en los gemidos y lágrimas, sino que nos elevemos desde este triste valle hasta la montaña espiritual, hasta la cima en que está edificada la Jerusalem santa, nuestra madre, donde gozaremos de una alegría sin mezcla y sin fin. Esta es la razón de colocarse en el primer lugar la sabiduría, que es la verdadera luz del alma, y en el segundo la inteligencia. Como si respondiera á los que le preguntasen, así: ¿De dónde hay que partir, para llegar á la sabiduría? De la inteligencia. ¿Y para llegar á la inteligencia? Del consejo. ¿Y para llegar al consejo? De la fortaleza. ¿Y para llegar á la fortaleza? De la ciencia. ¿Y para llegar á la ciencia? De la piedad. ¿Y para llegar á la piedad? Del temor. Luego desde el temor, á la sabiduría; del valle de los lamentos, al monte de la paz (1)."

1. Ergo ille cum præposuisset sapientiam, lumen scilicet mentis indeficiens, adjunxit intellectum: tanquam quærentibus unde ad sapientiam veniretur responderet: Ab intellectu; unde ad intellectum: A consilio; unde ad consilium: A fortitudine; unde ad fortitudinem: A scientia; unde ad scientiam: A pietate; unde ad pietatem: A timore. Ergo ad sapientiam á timore; quia initium

Tomando ocasion el abad Ruperto del modo con que Isaias habla del don del temor cual se encuentra en Nuestro Señor, nos hace admirar la condescendencia profunda del Verbo encarnado, hecho el Salvador y preceptor del género humano. Estas son sus palabras: "Dice el profeta: Y *el Espíritu del temor del Señor lo llenará*. Es digno de notarse, que hablando de los seis primeros dones, Isaias dice constantemente: *Sobre El reposará el Espíritu del Señor, el Espíritu de sabiduría, el Espíritu de inteligencia*, y así de los demás. ¿Por qué al llegar al séptimo, cambia la palabra y dice: *el Espíritu de temor lo llenará?* Se comprende el misterio: Dios ha querido mostrar al universo este espectáculo asombroso, el Criador del hombre, el Dios de la eternidad descendiendo hasta el punto de que debe partir el hombre pecador para salir del abismo del vicio y librarse de las cadenas infernales del pecado.

"En efecto, el principio de la sabiduría es el temor del Señor: hasta esto ha descendido el Criador. *El Espíritu del temor de Dios lo llenará*, dice el profeta. Nada tiene de extraño que haya dicho: *Sobre El reposará el Espíritu de sabiduría y de inteligencia*. Estas magníficas cualidades convienen á la majestad de un Dios. Pero ¿cuál es el ángel ó el hombre que no se pasme al ver que el Señor desciende hasta el temor del Señor, que el soberano y temible dueño del cielo y de la tierra está lleno de temor, y no en parte, sino plenamente, en toda la extension que los hombres, inspirados por el Espíritu Santo, pudieron dar á la palabra plenitud (1)?"

sapientie timor Domini, A convalle plorationis usque ad montem pacis. *Serm.*, 247, c. iii.

1. ¿Quis autem angelorum aut hominum non miretur Dominum, usque ad timorem Domini descendisse, Deum et Dominum caelis ac terris timendum, timoratum factum esse, non partim sed

Tal es la misteriosa escala, que el Verbo, dirigido por el Espíritu Santo, ha recorrido descendiendo para llegar hasta nosotros, y que nosotros debemos subir para llegar hasta El. Detengámonos un instante á considerar este doble movimiento de ascenso y de descenso. Este estudio, interesante en sí mismo, tiene tres grandes ventajas. La primera, comprobar con hechos la enumeracion gerárquica de Isaias: la segunda, orientarnos en el ejercicio de los dones del Espíritu Santo: la tercera, poner en claro los efectos generales que los dones del Espíritu Santo producen en el género humano.

1° Comprobar la enumeracion gerárquica de Isaias. Indudablemente, la vida del Verbo hecho carne, es una manifestacion continua del Espíritu que reposaba en El. Encuéntrense, no obstante, circunstancias en que brillan más espléndidamente cada uno de los dones del Espíritu septiforme en el mismo orden con que el profeta los enumera.

Entra Jesus en su vida pública, y el primer don que brilla en El, es la *sabiduría*. Apenas ha salido de las aguas del Jordan, el Espíritu lo guía al desierto. Allí ayuna cuarenta dias y cuarenta noches; permite al demonio que le venga á tentar, á fin de tener ocasion de vencerlo; rechaza sus ataques con palabras divinas admirablemente elegidas, y así da principio á todas las victorias que El y sus discipulos de todos los siglos y de todos los países, reportarán sobre el eterno tentador.

¿Dónde está el hombre cuya vida presente una sabiduría comparable á la suya?

Uno de sus primeros actos, al volver á presentarse entre

plenarie, et quantum verbo repletionis aut plenitudinis potuerunt homines, in eodem Spiritu Sancto loquentes, significare? *De Spir. Sanct.*, lib. I, c. xxv.